

MIÉRCOLES DE LA XVI SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO (Par)

Mateo 13,1-9

Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al mar. Y acudió a él tanta gente que tuvo que subirse a una barca; se sentó y toda la gente se quedó de pie en la orilla. Les habló muchas cosas en parábolas: «Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, una parte cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y como la tierra no era profunda brotó enseguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó. Otra cayó entre abrojos, que crecieron y la ahogaron. Otra cayó en tierra buena y dio fruto: una, ciento; otra, sesenta; otra, treinta. El que tenga oídos, que oiga».

Hoy, el Evangelio nos presenta la Parábola del Sembrador, una de las parábolas más conocidas de Jesús. En ella, nuestro Señor nos ofrece una profunda enseñanza sobre cómo recibir y responder a la palabra de Dios.

Jesús, como el sembrador, nos muestra la generosidad y la paciencia de Dios. Él siembra la semilla de su palabra con generosidad, en todo tipo de terreno, es decir, en el corazón de cada persona, sin importar su condición. Pero, ¿cómo respondemos nosotros a esa semilla?

Vamos a ir meditando qué tipo de terreno soy.

El camino. Son aquellos que oyen la palabra, pero no la entienden. El maligno viene y arranca lo sembrado en sus corazones. ¿Estoy atento y abierto a recibir y querer comprender lo que realmente Dios me quiere decir, o ando solo oyendo y filtrando lo que me gusta? ¿Pregunto a quién me puede ayudar a comprender? ¿De qué maneras el maligno arranca de mí lo que Dios ha sembrado?

El terreno pedregoso. Representa a quienes reciben la palabra con alegría, pero no tienen raíz profunda. Al tener dificultades o persecuciones, se apartan rápidamente. ¿Eso es lo que me pasa a mí? ¿Me acobardan las dificultades? ¿Procuró que mi vida sea coherente con mi fe? ¿Mi fe en Dios tiene esas raíces profundas en mi vida?

Entre espinos. Son los que oyen la palabra, pero las preocupaciones del mundo y el engaño de las riquezas ahogan el mensaje. ¿Qué es lo que me interesa, me distrae, lo que me preocupa, lo que me engaña, que realmente son impedimentos para vivir plenamente mi fe? ¿Qué intereses tengo en mi corazón que antepongo a la fidelidad a Dios? ¿Con qué justificaciones me engaño a mí mismo?

La tierra buena. Representa a los que oyen y entienden la palabra, y dan fruto en abundancia. Aquí vemos el ideal cristiano: ser tierra fértil que acoge la palabra de Dios y produce frutos de amor, de esperanza, de caridad, de paz. ¿Doy gracias a Dios por los buenos frutos que da mi vida, con la humildad de saber que son de Dios y son para gloria de Dios?

En definitiva: ¿estoy permitiendo que la palabra de Dios penetre y transforme mi corazón y mi vida? ¿Quiero y deseo con toda el alma esta transformación según Dios, y no según yo?

Hay un autor espiritual que añade algo muy interesante a esta parábola. Dice que como la semilla es divina, cuando cae en una tierra que no es buena, si es acogida, tiene el poder divino de transformar esa tierra defectuosa en tierra fértil, solamente con el tacto. Como los enfermos que se curaban al tacto de Jesús, o los muertos resucitaban cuando el Cuerpo Santísimo del Señor los tocaba.

En la Santa Comunión, el mismo Jesús te va a tocar. Jesús es esa semilla divina que se va a sembrar en el campo de tu corazón y de tu vida. Deja que el Espíritu te transforme, te purifique, deja que arranque de tu corazón lo que impide de crecer el poder su amor en ti. Puede ser que te duela, pero será un dolor sanador.

Que María, nuestra madre, interceda por nosotros, ya que ella fue el campo y el bello jardín donde Dios sembró (en su corazón y en su cuerpo) al mismo Señor de la Vida.